

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8739

DIARIO DE LA NOCHE.

TELEFONO NUM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en... de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Caumartin, 6, M. Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 12 Diciembre 1893

LOS PAISES ELÉCTRICOS

Arago dedica varios párrafos de su «Tratado del Rayo» á resolver las tesis siguientes:

«¿Hay ruidos en los que no truena nunca?»

«¿Cuáles son los sitios en que más truena?»

«¿Truena tanto en alta mar como en los continentes?»

«¿Hay circunstancias locales que influyen en la frecuencia de este fenómeno?»

«¿Truena hoy tan á menudo como en los siglos pasados?»

«¿Cuál es en nuestros días la distribución geográfica de las tempestades con relación á su frecuencia?»

La discusión de los hechos de observación que á la sazón había logrado reunir el ilustre secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, le permitió formular una respuesta á algunas de estas preguntas.

Parece probado que truena más en las regiones equinociales, ó que las tempestades eléctricas son más frecuentes en ellas, siendo este fenómeno más raro cuanto mayor es la latitud. Créesele desconocido en el Spitzberg, y por lo general atende el paralelo setenta y cinco; en Islandia no truena nunca.

Las circunstancias locales también ejercen marcada influencia, puesto que en el Bajo Perú, en Lima, se desconoce al trueno. Es más frecuente en las costas y en las islas que en el mar, haciéndose más raro cuanto más lejos de las costas. Los hechos históricos mencionados en los autores antiguos parecen dar alguna probabilidad á la idea de que las tormentas han disminuido de intensidad desde las primitivas épocas.

Las recientes investigaciones practicadas por J. J. Fournet han demostrado que ciertas regiones son más propensas que otras á fenómenos eléctricos extraordinarios, y que la influencia de las circunstancias locales no se manifiesta solamente en la falta ó frecuencia del trueno.

Para caracterizar esta influencia, Mr. Fournet ha dado el nombre de «países eléctricos» á las regiones dotadas de tan singulares propiedades.

Entremos en algunos detalles acerca de este asunto.

Voltney habla ya consignado en la relación del viaje que hizo á los Estados Unidos en 1797, la intensidad y la abundancia de la electricidad en aquel país, aun cuando no hubiera tormentas, y atribuye el fenómeno á la sequedad del aire, á la rapidez con que allí tiene efecto la evaporación. El profesor Leonia describe así los efectos que ocasiona en Nueva York la presencia de una excesiva cantidad de electricidad en la atmósfera:

En invierno, los cabellos se electrizan extraordinariamente, y en especial cuando se les peina con una leñadora. Á menudo se ponen de punta, y cuando más se procura alisarlos, más se resisten al peine. Entonces se dirigen hacia los dedos que se les acercan, y para obviar este inconveniente basta mojarlos.

En la misma estación, todas las prendas de lana, y sobre todo los pantalones, atraen la pelusa y el polvo que vola en el aire; estas partículas se adhieren particularmente hacia los pies, y el cepillo solo sirve para adherirlos más. Una esponja húmeda es el re-

medio que se aplica siempre en semejante caso.

De noche, las gruesas alfombras de las habitaciones abrigadas producen ligeros chispazos; brillan si se pasea sobre ellas y si se pasea dos ó tres veces con rapidez despiden una chispa de algunos centímetros de longitud y lo bastante intensa para que produzca el efecto de un chispazo. Un objeto de metal, como por ejemplo, el tirador de una puerta, lanza una chispa á la mano que lo toca, asustando á veces á los niños. No es imposible encender un mechero de gas con el dedo después de haberse paseado por la alfombra aisladora.

La gran sequedad del aire en las mesetas de los Andes dá origen á fenómenos análogos. Lo propio sucede en los desiertos del África austral, donde, según Livingstone, es tal la tensión eléctrica cuando sopla el viento cálido del Norte, que las plumas de avestruz se cargan de fluido y ocasionan vivas commoiones; la sola fricción de la ropa hace brotar chorros luminosos.

Según H. de Saussure, las seguras de las mesetas elevadas de México son extraordinarias á fines del invierno, y el contacto de los objetos engendran chispas eléctricas de notable intensidad.

El Sr. Cavreli, físico de México, ha descrito los fenómenos observados por él en una ascensión que hizo en Mayo de 1845 al Nevado de Toluca.

«A las sensaciones eléctricas que experimentaron él y sus guías—dice Mr. Tournet—en todas sus extremidades, en los dedos, en la nariz, en las orejas siguió un ruido sordo aunque no tronaba todavía; las largas cabelleras de los indios se les ponían rígidas y tiesas, haciendo que la cabeza de aquellos hombres pareciera de un tamaño enorme, de suerte que la vista de este efecto aumentó su supersticioso terror.

El ruido redobló en la intensidad, pareciendo general en la montaña, y semejándose al que produciría un gran número de guijarros repelidos y atraídos alternativamente por la electricidad, pero probablemente reconocería por causa los millones de chispas que brotaban de un terreno pedregoso.

Mr. Tournet menciona hechos análogos referidos por varios exploradores de las montañas del Jaro y de los Alpes.

En resumen, ciertos países parecen dotados en alto grado de la propiedad de emitir en tiempo seco, electricidad á considerable tensión, sucediendo lo propio con los puntos del suelo que por su altitud ó su forma saliente ó aguda son eminentemente adecuados para dar salida á la electricidad acumulada en la superficie de la tierra.

En el primer caso, los fenómenos se explican por la persistencia de ciertos vientos, por la evaporación abundante que suscitan, por la sequedad del aire que es su consecuencia, y que, según sabemos, es una condición de la manifestación de la electricidad.

Pero si se puede así «grosso modo» dar la razón de los hechos observados, en cambio se sabe muy poco acerca de las circunstancias complejas de su producción y de su conexión con los demás fenómenos meteorológicos.

HOMBRES DE PESO.

En Berlín acaba de celebrarse un concurso muy particular: un certamen de hombres gordos, al más gordo de los cuales ha dado en premio medio tonel de cerveza bávara para que continúe engordando.

El concurso ha sido organizado por una sociedad de beneficencia y se han presentado á él cincuenta hombres, ninguno de los cuales pesaba menos de 200 libras.

Ha obtenido un premio un tal M. Berg, empleado en una cervecería de Stralau, que pesa 399 libras.

Es preciso reconocer, en vista de este resultado, que los alemanes son unos alféñiques. No se podría encontrar un solo yankee que pesando solamente 399 libras se atreviera á presentarse en un certamen de hombres gordos, ni que mucho menos creyera que podría aproximarse siquiera al peso necesario para obtener el premio, y esto lo comprenderán perfectamente nuestros lectores, cuando sepan que en Nueva York hay una sociedad de hombres obesos, para ingresar en la cual es preciso tener 500 libras de peso por lo menos.

El *New York Herald* publicaba hace poco tiempo el retrato y la biografía de uno de los más ilustres y aventajados miembros de esta sociedad que pesa la friolera de 912 libras.

¿Quién habrá en el mundo que pueda disputarle el premio?

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

DIEGO

LOS APRENSIVOS

I

¿Que si los hay?...

—¡A cientos, á miles, á millones!

¿Que si esta debilidad es antigua, ó pertenece al número de las flaquezas humanas de nuestros días?...

—Suponga usted si será vieja; cuando ya el gran maestro del arte cómico antiguo entendió que merecía ser objeto de burla por la preocupación injustificada, y escribió su famosísima comedia «Leautontimosúmenos» («El que se atormenta á sí mismo»).

Porque es verdad axiomática, y en este concepto no necesita demostración, que «el aprensivo» vive atormentándose á sí propio.

Y si no, díganme ustedes si es ó no suplicio verdadero el que, espontáneamente y de toda su libre voluntad, se imponen los sujetos siguientes:

II

D. Perfecto Pusilánime de la Pavura, es un hombre á quien no puede todavía aplicarse con fundamento el calificativo de «entrado en años».

Va á cumplir los cuarenta y seis, y goza de salud, tanto más envidiable, cuanto que trabaja de su parte todo lo posible por enfermarse y poner término al curso de su vida.

Desde muy joven, ya fuese por exceso de cuidados que le rodeó su amante familia, ya porque había venido al mundo para ser, «como es», se pulsaba con frecuencia, se observaba al espejo el estado de la lengua, estudiaba con el auxilio del termómetro los grados de su temperatura orgánica, y vivía en continua intranquilidad, suponiendo siempre que de un momento á otro iba á verse víctima de ignorada pero terrible dolencia.

Hoy, en la plenitud de la virilidad, continúa siendo víctima, no sé si diga del apocamiento de su espíritu, ó de la estrella que preside su destino.

Eilo es que mi hombre, como se dice co-

rrientemente, no vive, no come, no sosiega, no tiene momento de tranquilidad de espíritu.

Durante el último período álgido de la «difteria» se hacía reconocer diariamente las fauces, y se pasaba las horas muertas gargarizando y aplicándose cuantos remedios le aconsejaban esa buena gente indocta que vive interesándose, sin el menor interés por la salud de todo el que se queja, con razón ó sin ella.

A tal punto llegó su miedo, que estuvo á dos dedos de solicitar de un célebre cirujano, amigo suyo, que le hiciese la «traqueotomía».

Surgió poco después entre la clase científica la discusión de los efectos que contra la rabia producía el descubrimiento del doctor Pasteur, y allá se fue nuestro hombre á París, no contentándose con menos que regresar á España inoculado del virus rábico.

En el tiempo que ha durado la viruela se ha revacunado treinta veces de brazo á brazo, de pierna á pierna, de la ternera, y no sé si hasta de los toros de Guisando. Y por si esto era poco, llega á su noticia el reciente descubrimiento de Koch, y anda bebiendo los vientos por que le favorezcan con una inoculación de la linfa de Berlin, y no hable más que de Lister y de Virchow, y de Brumgarten, de Traube y de Opra.

El resultado de tanta inoculación y tantas punciones y tantos punchazos, va á ser que este hombre dentro de poco tendrá la piel muy á propósito para servir de colador de té.

¡Pobre munitico!

III

Pues aquel era el aprensivo de la salud. Verán ustedes ahora el aprensivo del dinero.

Le conoce personal é íntimamente.

Por todo género de medios, casi todos á cual peor, vióse dueño de una modesta fortuna, y desde entonces no dejó de consultar, preguntar ó impertunarse á los que conocía como «hombres de negocios», sobre la más segura y lucrativa aplicación que podría dar á su capital.

Y no hubo estatutos de Banco, de sociedad de crédito, ni de empresa oficial ni particular que no leyese, releyesese y se aprendiera de memoria, hasta desprenderse de sus fondos, cuando juzgó que «en caso» estaba asegurada y produjera cuanto era posible.

Pero ¡ay!, desde aquel día el hombre dejó de vivir!

Todas sus ideas, palabras y afecciones, se consagraron á seguir y estudiar al dedillo el curso del movimiento económico; y mañana y tarde y noche no hacía otra cosa que examinar «Cotizaciones y Boletines y Listas», y devorar telegramas, y pulsar las oscilaciones del «Estadístico» y del «Estadístico», y las «Gubas», y el 3 por 100 «Turco y Otomano», y las acciones del Banco y del «Rio Tinto» y de «Tharsis», y el «Cape Copper» inglés, y los avisos de la casa «Arnús y Bernard, etc.»

Hace pocos días le hallé en la calle, preso de la mayor alteración.

Respiraba dificultosamente; tenía los ojos inyectados en sangre; batió los brazos en fin, todo al aspecto de un hombre próximo á la congestión fulminante. Apenas me vió me echó los brazos al cuello, y prueba de emoción violenta me dijo:

—¡Ay, amigo mío, qué inmensa catástrofe!

—¿Qué es ello, Sr. D. Lucas?

—¿Cómo que es ello? ¿Dónde vive usted?

—No sabe lo que ocurre?...

—No sé una palabra...